

## DOMINGO II DE NAVIDAD (Ciclo C)

*Si 24,1-2.8-12; Sal 147,12-20; Ef 1,3-6.15-18; Jn 1,1-18*

Las lecturas de este domingo nos llevan al corazón de Dios para conocer su designio salvífico.

Durante los días pasados hemos celebrado el nacimiento de Jesús y nuestra imaginación, inteligencia y voluntad se han detenido largamente en la contemplación del Niño Dios. Hoy la Iglesia nos invita a elevarnos más allá del tiempo para conocer la misericordia eterna del Padre. La Sagrada Escritura nos introduce hoy en el seno de la Trinidad.

El prólogo del evangelio de Juan, cuando dice “la Palabra”, se refiere a Jesús, y dice: «La Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios». Jesús es el Hijo eterno del eterno Padre. Todo lo existente había sido creado a través de la Palabra y, por eso, era conveniente que el mundo fuera salvado por ella. De ahí que «la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros».

Las tres lecturas muestran cómo el designio de Dios no es una decisión mudable, sino eterna y por ello irrevocable. El Hijo, que es eterno, conocía su encarnación desde siempre pero, además, Dios «nos eligió, antes de la creación del mundo, y nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo». Cuando se habla del amor eterno nos referimos a esto: el amor que Dios nos tiene desde siempre, incluso desde antes de nuestra existencia. De hecho, llegamos a existir porque Dios nos ama. Es un amor de siempre y para siempre. La contemplación de esta verdad nos ayuda también a entender cómo, a pesar del pecado, Dios ha ido conduciendo la historia al nacimiento de Jesús y a nuestra salvación.

Jesús, nos manifiesta el misterio del Padre y de su amor, pero no sólo para que podamos conocerlo, sino también para que participemos de Él. De ahí que san Pablo nos exhorte a la santidad, y que el evangelio nos diga que a quienes reconocen, acogen, abren su corazón a Jesús, Dios les concede el poder ser «hijos de Dios». Jesús se hace familia humana para que tú nazcas a la familia de Dios. El Nacimiento de Jesús es también tu nacimiento a la vida de hijo de Dios.

Cuando participamos de la Eucaristía, alabamos, bendecimos, adoramos, glorificamos y damos gracias a Dios. Pero no olvides el “porqué” de todo eso: porque te ama apasionadamente desde antes de la creación del mundo, porque te ama ahora y aquí, y porque quiere compartir su vida eterna contigo. Eso es la Comunión que vas a recibir.